

## NECESITAMOS SER SANTOS (Meditación de Pascua)

*Los hijos de Dios no deberían tener más patria aquí abajo que el universo mismo, con la totalidad de las criaturas racionales que ha contenido, contiene y contendrá. Ésa es la ciudad natal digna de merecer nuestro amor. [...] Nuestro amor debe tener la misma extensión a través del espacio y la misma igualdad en todas sus partes que tiene la luz del sol.*

Simone Weil – A LA ESPERA DE DIOS

ESTAMOS obligados a ser santos o a dejar de creer en Dios. Tal es la única alternativa válida para un seguidor de Jesús de Nazaret. Continuar llamándose cristiano y no aspirar con todas sus fuerzas a la santidad, es arrojar sobre dicho nombre (el de cristiano) una tal cantidad de escombros que hará imposible el ejemplo de vida que está llamado a dar. Porque el testimonio de vida de un creyente en el Dios de Jesús, no es ni puede ser otro que el de ofrecer una alternativa de vida, en la cual resplandezca por igual la experiencia sobrenatural de una fe que es encuentro y trato con Dios en la cotidianidad de la existencia, y la más amorosa valoración de cuanto representa un bien para la humanidad histórica. Nadie puede confesar su fe en Dios si no lo es a través de una vida consagrada a los valores del Reino predicado por Jesús.

En adelante no podremos aureolar con el título de santo a nadie, mujer u hombre, cuyas raíces de pensamiento, acción y sentimiento, no estén extensamente fundidas en el subsuelo de todos los movimientos y actitudes de universalidad, es decir, en clara y explícita comunión con todo valor que representa un bien en la ascensión humana. El santo cuya perfección no se haga manifiesta en un **hablar de Dios desde la vida** (comenzando por la suya propia), y en un tender puentes de **hermanación entre todos los que aman la vida**, buscan la verdad, aprecian la belleza y siguen creyendo en el corazón “bueno” de la persona humana, no seguirá formando parte del auténtico santoral. Ser santo habrá venido a significar ser una persona realizada en su dimensión relacional y de bien común universal.

Al igual que se reconoce la genialidad en los campos del hacer humano -la ciencia, el arte, la política, etc.-, debe reconocerse en el terreno de la religiosidad la existencia de un “genio” que identifica entre sí a todos los que no han renunciado a ser santos según el Evangelio de Cristo. Y más todavía en el terreno religioso que en el de las diversas actividades humanas, porque si un genio es aquel que rompe esquemas y abre caminos nuevos hacia metas más subidas de bien común en un quehacer específico, el santo “genial” será en el bien universal, en el panorama de la ascensión humana globalmente considerada, donde se manifiesta como ese señalador de metas que, a partir de él, se hacen irrenunciables. Al acercarnos a su vida sin prejuicios ni intereses ideológicos o de otro tipo, somos impactados por ese valor que nos toca en lo más central de nuestro ser: la autenticidad de vida. ¿Pues, quién puede ser considerado un ser humano “auténtico” sino aquel que ha hecho de su existencia temporal eslabón hacia un futuro mejor para todos? “Santo” deviene así en “prototipo” de mujer u hombre realizado al máximo posible en lo esencial de su naturaleza.

Aquí no hay dolo. Aquí no se nos quiere vender nada. Aquí sólo encontramos una vida que ha alcanzado a ser fiel a sí misma en los rasgos que mejor pueden caracterizar tal fidelidad. Para empezar, consideraremos el primero de ellos: el valor supremo de la propia conciencia. El santo no

obedece a ningún dogma más allá de la razón. (¿Puede ningún dogma definido negar el uso de la razón pensante, a fin de buscar y exteriorizar en el sentido dogmático los auténticos valores de humanidad que en él se encierran o, si se prefiere, el Espíritu que da vida más allá de la letra que mata? ¿Puede Dios revelarnos algo de sí mismo que vaya contra la sana razón y no esté ordenado al mayor bien posible del mayor número de seres creados?). En el primado de la conciencia jamás aparecerá la razón contra el dogma definido, pues la razón obliga en conciencia a buscar siempre y en todo (especialmente en los valores religiosos) las dimensiones de bien humano individual y colectivamente considerado. El santo, pues, nunca se manifestará fanático defensor de la letra del dogma, porque él ha penetrado en el espíritu del mismo, donde ha encontrado junto a la libertad de pensamiento la responsabilidad de transmitir como vida cuanto él ha recibido como revelación.

El cultivo y uso de una razón sincera es la primera herramienta que esgrime el santo en su camino de autenticidad individual. No acepta que otros piensen por él. Escudriña y discierne lo pensado por otros como lo hace rigurosamente con su propio pensamiento (incluido el que fundamenta o emana de su experiencia religiosa). Y ante todas las ideas y todas las creencias tiene el mismo sagrado respeto que tiene ante sus conclusiones profundas (de conciencia) cara a Dios y cara al mundo. Sólo no permanecerá indiferente ante aquellas conclusiones doctrinales (teóricas o prácticas) cuyos objetivos no sean del bien común.

No confunde los esquemas mentales ni las definiciones teológicas con la Verdad, que siempre permanece como el objeto máspreciado de todos sus anhelos. Sabe que la verdad se convierte en ídolo (y, como todo ídolo, esclaviza y mata) tan pronto nos creemos en su posesión. Para el genio de la santidad, la revelación contenida en los Textos Sagrados de su credo religioso, es Verdad en el sentido de marco propiciador de todas sus búsquedas relacionadas con la libertad y la felicidad de los seres humanos. Si algo pudiera descubrir en la interpretación que se hace de la revelación como opuesto (incluso nocivo) al bien universal, le resulta inaceptable, reprochable.

La religión nunca puede estar en contra ni por encima de la vida y de la verdad. O es servidora de ambas o sólo es un fraude disfrazado de beneficencia.

No es mujer u hombre de partido. Ni confunde su iglesia con un refugio de salvación frente a las grandes y graves grietas morales que atraviesan la sociedad civil. Las mismas e idénticas grietas las descubre en el edificio de su propia iglesia; pero no por eso deja de amarla. Eso sí, con amor doliente. Amor crítico que se hace testimonio de esa necesidad de conversión constante, constante renovación que necesita toda institución temporal; y la Iglesia lo es, pese a su enorme carga de misión profética, liberadora, con que el Espíritu del Señor Jesús la ha favorecido. La Iglesia cristiana se reconoce instrumento del Reino, lo que le obliga a ser humilde servidora de las necesidades de los humanos, empezando por los más desfavorecidos de cada sociedad y momento.

Tal fidelidad a su propia conciencia hace del santo un genio (testimonio revulsivo) del sentido de la vida humana. Ninguna concesión a las falsas concepciones de la vida. En él resplandecerá, como aureola de auténtica santidad, la armonía de vivir. Al no traicionarse a sí mismo, al no venderse a propuestas de ventajas privadas e institucionales, al no conformarse acríticamente con las formulaciones emanadas de la tradición eclesial, cumple el mandato de Jesús, que lleva aparejada una promesa: *Buscad y encontraréis*. No encuentra quien no busca empeñando su ser hacia algo nuevo. (¿Cómo edificar la torre de la propia vida o dar la batalla contra los enemigos de la propia libertad, sin desembarazarse de miedos, prejuicios o falsas concepciones de la felicidad?). El santo no tiene más que un objetivo, una opción fundamental: *¡venga a nosotros tu Reino!* En función de tal objetivo sabe arriesgar todo lo que pueda ser ventaja privada si se opone al triunfo de un bien mayor, solidario, compartido, universal.

La novedad del Reino está reservada a los inquietos e insatisfechos que hacen de todo lo recibido trampolín hacia realidades sorprendentes (*el Reino de los cielos está en medio de vosotros, y los arriesgados lo alcanzan*). Un cristiano sin actitud de búsqueda, no pasa de ser un proyecto sobre el papel que se quedó sin realizar; una vocación frustrada de vida fecunda que no supo responder a las llamadas de futuro que le llegaban de todo presente atravesado por los gritos de los pobres, por las urgencias de una mayor justicia distributiva,. Pasado y presente dejan de ser un valor humano a defender cuando no miran al futuro. El Jesús Histórico y el Cristo de nuestra Fe dejan por igual de tener un significado salvífico si la fe en ambos no coincide con una respuesta a los problemas del presente.

La armonía de vivir, testimoniada por el santo, se basa ante todo en la fidelidad a la propia conciencia. Al dar primacía a su conciencia personal sobre tradiciones, normas establecidas por el poder y criterios aceptados (aunque sea por mayoría) de forma acrítica (¡doctores tiene la Iglesia!), consigue esa estrecha relación entre interioridad y exterioridad, entre el yo y el nosotros, entre la vida como don y la existencia como tarea, entre libertad, responsabilidad y creatividad, que son el magma de cultivo de una personalidad feliz y fecunda, es decir, en armonía con la totalidad de su ser. Ningún tipo de escisión (al menos plenamente percibida) entre el pensar y el obrar, vida privada y actuaciones públicas, cuidado de los intereses particulares y solicitud por el bien común..., puede revelar la existencia de un santo, un ser que se ha encontrado a sí mismo, y en sí mismo el espacio más gozoso de comunión con Dios y el Universo. Tanta armonía, propia del santo, es un destello de divinidad en medio de los humanos. Nadie vive tan de acuerdo consigo mismo como el santo, fiel a su propia conciencia, buscador y dialogante, entregado al momento presente como lugar teológico por excelencia: donde su ser se unifica en sí mismo con el Mundo y con Dios.

El mundo de hoy necesita mucho de los santos, porque se ve atravesado y distorsionado por escisiones sin cuento, que dificultan la armonía de vivir tanto hacia dentro como hacia fuera. La existencia de fronteras y muros que niegan lo universal para acentuar lo particular en ideas, creencias y, sobre todo, intereses materiales, acaba siendo normalmente aceptada como algo inevitable e incluso normal. Unas sociedades enfrentadas entre sí, por el mero hecho de situar lo accidental (color de la piel, lugar de nacimiento, grados académicos, preferencias políticas o confesiones religiosas, posesiones económicas) por encima de lo esencial, lo que nos une en las raíces del ser humano (la diversidad que enriquece, el diálogo que comparte, la solidaridad que no permite que a unos sobre en abundancia lo que a otros falta en elementalidad). ¿Podrá alguna opción humana que no sea la de la santidad aportar al mundo los cauces necesarios para la paz tan deseada (y, al parecer, tan imposible), si la supremacía de la conciencia, la actitud arriesgada de búsqueda (junto al más sano inconformismo) frente a toda herencia del pasado que no sea liberadora, no informan el modo de ser y de actuar en el mundo de los que dicen creer en Dios?

Este es el santo. Hombre o mujer ricos en vida interior y de responsable (comprometida) presencia en el mundo. De tal modo que se experimentan a sí mismos como corazón de la vida: todo cuanto es vivo pasa por ellos y ellos se proyectan en todo lo que es vida a su alrededor. Y porque saben que esta es la voluntad del Dios en quien creen como Amor Universal, hasta el punto de no querer tener otra voluntad personal distinta a la de Dios mismo, que mora en sus corazones, la paz es el dominio de sus existencias temporales. Esa paz de haber bajado a las raíces de donde brota todo bien. Esa paz de haber roto todos los lazos con la mentira, el miedo y la violencia. La verdad que los hace libres es la savia del Amor Eterno de Dios que circula por los entresijos de su ser

Según el Evangelio del Reino, en los santos vemos a Dios Padre, *el que hace salir el sol sobre buenos y malos y manda la lluvia sobre justos e injustos*. La suprema santidad de Dios es la

universalidad de su Misericordia; para Él todos son hijos, sin distinguir entre malvados y obradores del bien, entre los que creen y los que afirman negar a Dios. ¡Todos son hijos muy amados! ¡Y más amados cuanto más lejos parezca están de Él! En la época del universalismo propiciado por los medios de comunicación en manos de las masas humanas, y por los pretendido proyectos de globalización (necesarios, si bien consensuados con las bases y los movimiento sociales), lo universal se convierte en el primer ingrediente de una santidad religiosa que pueda ser digna de crédito.

El santo cristiano podrá ser fácilmente reconocido como “santo” judío, musulmán, budista, hindú, agnóstico y ateo, porque los valores universales de la existencia humana estarán siempre para él por encima de los contenidos culturales y culturales de su propia confesión. Porque así está el Dios en quien cree como salvador de su vida y plena realización de su ser. Un Dios al servicio de la vida. La vida como valor supremo a defender a través de (y por encima de, si pareciere necesario) todos los otros valores de civilización, entre los que no puede dejar de incluirse las tradiciones espirituales de la humanidad. Curiosamente esto es lo que significa “católico”: ser capaz de congregarse bajo el valor universal (y eterno) de la vida todas las perfecciones que apuntan a una humanidad en abrazo, receptora (y cultivadora) de toda Verdad, Bondad y Belleza que florezca en cualquier espacio de la actividad humana. El *ser perfectos como vuestro Padre del cielo es perfecto*, no puede significar ya otra cosa que ver a Dios trabajando allí donde se da un brote, por mínimo que fuere, de bien común, producto del esfuerzo de los hombres. El Dios que *todo lo hizo bueno y para bien de sus criaturas*, se complace en colaborar con toda obra que supera (tendiendo a hacerlas imposibles) las distinciones y separaciones que ofenden el valor universal de la vida, como la más universal de entrar en comunión de amor con Él.

El que dijo: *He aquí que todo lo hago nuevo; cielos nuevos y tierra nueva*, puso las bases de esa santidad que consiste en no dejar de creer en un mañana mejor que siempre está viviendo a nosotros desde la fe en el Resucitado. Es más: quien cree en ese mañana mejor que irradia desde la fe en Cristo Resucitado, no sólo experimenta su propia constante renovación interior, sus ganas de ser mejor y más útil a los demás, su alegría de vivir que se sustenta en la conciencia universal de que la vida es hermosa en sí misma, y por ello vale la pena vivirla y poner toda la carne en el asador de la felicidad global humana..., sino que posee en sí, de manera que nadie le puede arrebatar, la mayor de las alegrías humanas posibles, cual es gozar mucho de Dios en todo cuanto es vivo y verdadero. Ser más divino en cuanto se llega a ser más humano.

Estamos obligados a ser santos o a dejar de creer en el Dios de Jesús. Es imposible lo uno sin lo otro. Y es en un **corazón universal** que ha derribado todos los muros, diques, barreras, zanjas y alambradas entre los seres humanos y sus diversas formas de concebir la libertad, la felicidad y la salvación, donde el significado de Dios podrá seguir interesando a la historia.